

á los *tekies* ó monasterios, sobre todo á los de los *mevlevis*. Cada uno de estos monges tiene sus ceremonias públicas, alegría y orgullo de los verdaderos creyentes. Algunos son célebres por su música, sus danzas y ejercicios violentos. ¡Qué placer tan conmovedor para las *hanum* el ver, por ejemplo, á los *behtachis* medio desnudos y horriblemente contraídos de rostro, atravesarse las carnes con grandes agujas de hierro, golpearse con el filo de los yataganes, enroscarse al cuerpo culebras y serpientes sacarse los ojos fuera de sus órbitas y hacer otras cien extravagancias espantosas! Pero aquí de la admiración de las mujeres. ¡Cómo laten sus corazones! ¡Qué gritos de entusiasmo y gemidos de piedad!... Ningun espectáculo, ninguna fiesta tiene el privilegio de atraerlas mas irresistiblemente.

La *khalva yedjessi*, ó soiree de *khalva*.

Una *soiree* en un haren es un raro acontecimiento, siendo como son contrarias á las costumbres musulmanas las reuniones nocturnas. Ningun hombre extraño asiste á ellas; es decir, que pueden asistir los de la familia.

Las *soirees* del *khalva*, así llamadas del nombre de cierta pasta dura, deleznable y melosa que se sirve á las convidadas, solo tienen lugar en los harenes ricos con ocasion de algun natalicio, casamiento, ú otra enhorabuena.

Algunos dias antes de la fiesta, los *djariehs* van á llevar las invitaciones verbales á las *hanums* designadas; si bien algunas de estas invitaciones se hacen personalmente por el ama de la casa ó por medio de los *effendis*. Hay que advertir que no solo se invita á las musulmanas: las damas cristianas, francas (occidentales) ó indígenas, cuyos jefes tienen relaciones de negocios ó amistad con el dueño de la casa, pueden tambien ser invitadas.

Una hora despues de ponerse el sol, comienzan á llegar los harenes á pie, precedidos de negros ó simplemente de un criado con una linterna de dos ó tres luces, pues ya se sabe que en Constantinopla no hay alumbrado público. Los *djariehs* de la casa, sonrientes y atentos salen al vestíbulo á recibir á las convidadas, dirigiéndoles graciosos *temenas* (1), y con estos y otros cumplimientos de bienvenida las conducen á una sala baja que sirve de guardaropa, donde se despojan de sus *feredjes* y *yaschmaacs*, *tchelecs* y *paputchs* (doble babucha para salir).

Desde aquí los *djariehs* conducen á las *hanums* al primer piso, precediéndolas á la derecha en la esca-

(1) *Temena*. Saludo que consiste en llevar la mano abierta á la boca y despues á la frente, acompañando este movimiento con una *zalema* ó reverencia. Madama Browne hacia muy turcamente este saludo.

lera, ó bien sosteniéndolas por los codos y sobacos, cuando son damas de pró.

En los serrallos y harenes ricos, despues de atravesar muchas galerías, corredores y otras piezas de todas formas y dimensiones, todas desmanteladas, se llega al salon de recepcion, que es la mas vasta y rica. Un divan de grandes cogines henchidos de muelle lana con adornos de seda y oro corre á lo largo de los tres testeros del salon, ó bien dos divanes en forma de herradura se hacen frente en sus dos extremos, quedando el espacio que los separa guardado por ambos lados, de cogines cuadrados, de taburetes, de escabeles y bandas de alfombra, ó de canapés y butacas, si la moda *franca* ha penetrado en la casa. Arañas de cristal de mil facetas, candelabros de bronce ó de porcelana, gruesas velas en ricos pedestales colocados á intervalos, alumbran espléndidamente con sus mil y mil irradiaciones la sala, cuyo pavimento está vestido de estera egipcia con multitud de dibujos y arabescos. En invierno, como seria muy difícil calentar una sala de tales dimensiones, desconociéndose en las casas turcas las chimeneas y caloríficos, se tiene la recepcion en una ó muchas piezas menos grandes, cuya atmosfera se templada por medio de braseros de cobre colocados en el centro y del *tandur* en los ángulos de los divanes. El ama de la casa permanece sentada en uno de los *kioces* (extremos del divan), sitio de preferencia como el que queda á su derecha. Las convidadas se adelantan, sin ser anunciadas, hácia ella, la cual les va diciendo invariablemente con afectuosa sonrisa: *Seffü yeldimis, klosch yeldimis* (seais bien venidas, amables venidas) cambia con ellas *tamenas* y cumplimientos ó da á besar su mano á las *kiz*, á las niñas y á las mujeres del pueblo que se suelen presentar sin invitacion por curiosidad y á las que rara vez se les cierra la puerta. En Turquía la igualdad es la regla, pero no es absoluta.

Despues de estos cumplimientos, van sucesivamente á acomodarse las convidadas, sentándose á derecha ó izquierda del divan con las piernas cruzadas ó con una rodilla levantada. El segundo sitio de preferencia está reservado á la mas rica ó respetable de las convidadas. Si el número de ellas es tan grande que no pueden acomodarse todas en los divanes, el *kiz* y las *hanum* de clase inferior se sientan en los *tchites* y alfombras laterales.

Los *djariehs* sirven inmediatamente el *tchibuc* encendido con boquilla de ámbar mas ó menos rica, el café ó el *cherbett* (agua caliente azucarada) en tazas de porcelana puestas en un *zarf* de metal artísticamente cincelado. Despues del café, se sirven dulces ó jalea de frutas dispuesta en pequeñas porciones en un plato de plata cincelado. Cada una de las convidadas, comenzando por la mas distinguida, despues

de hacerse rogar muchas veces, lleva á su boca la única cuchara que hay en el convite y que por tanto sirve á todas. Con la misma fraternidad, todas beben agua en un mismo vaso, que sigue al plato de los dulces.

La *soiree* comienza por una conversacion general animada, jovial, ruidosa; las preguntas y respuestas se cruzan en todas direcciones; las provocaciones y réplicas saltan de uno á otro divan; las chanzas vuelan de un extremo á otro de la sala; las pífidas insinuaciones se chocan entre dos grupos, y las exclamaciones y risas llenan el aire con sus ecos argentinos. Despues del primer fuego, la conversacion general, se hace parcial, sin dejar de ser futil y murmuradora.

De repente, á una señal del ama de la casa, sus hijas ó las de los *djariehs* que tienen conocimientos músicos se sientan en línea sobre la alfombra, para ser vistas de todas y cantan á coro romances ó canciones, acompañándose con el santur, el bandolin, los timbales y el tambor, todo unísono. Las mejores voces y los instrumentos mas hábiles ejecutan solos, que arrancan exclamaciones y plácemes al auditorio.

A otra señal, en el momento mas crítico del canto, otras jóvenes se colocan frente á frente en medio de la sala y hacen una especie de pantomima bailada que consiste en una serie de extravagantes movimientos: ya se acercan, ya se retiran, ó se enlazan ó huyen; bien se inclinan lánguidamente á los lados ó hácia atrás, bien sacuden muellemente los hombros, acompañando todos estos movimientos con castañeteos ó chasquidos con los dedos.

Mientras se ejecuta este juego, se renuevan sin cesar los *tchibucs*, que llenan la sala de azulado humo; y las dulces, las tajadas de sandía, el café y demás golosinas circulan entre las circunstancias que ya se hacen menos de rogar.

Despues de la música y el baile, el ama de la casa propone á la compañía partidas de naipes ó de chaqué, y las convidadas que quieren, toman asiento alrededor de las mesas, que traen á los ángulos del divan, sentándose en la estera para jugar al chaqué. Las levantinas interesan siempre el juego como nuestras jugadoras de Hamburgo; pero no arriesgan tanto dinero. Hácense tambien apuestas. Las *hanums* que no juegan, continúan la conversacion ó se cuentan cuentos alternativamente. A veces, cuando hay en la reunion personas de talento especial para estas narraciones, se suele interrumpir el juego. Pero ya necesita paciencia la hábil narradora para sufrir las interrupciones continuas de las curiosas oyentes, las cuales, aunque hayan oido ya cien veces contar el cuento, preguntarán á cada paso el cómo, cuándo y porqué.

Si no es tarde aun, se vuelve á la música, ó bien

se improvisa una pantomima no bailada y tan poco inteligible, á pesar de la vehemencia de la accion, que casi siempre tienen las actrices que explicar el sentido á la concurrencia.

Entre tanto el ama de la casa da dos ó tres palmadas, y á este llamamiento que reemplaza el timbre ó la campanilla entre los turcos, la primera *djarieh* acude y le hace un profundo *temena*.

*Khalva yel*, ven *khalva*, le dice su ama. Y la *djarieh* despues de un nuevo *temena* se retira.

Muy luego vienen las criadas á formar un círculo de luces en medio de la sala, despues otras doncellas ponen en el centro un *cini*, ó gran bandeja de plata que contiene la famosa pasta. Durante esta exposicion, se sirven otros *cini*, de metal mas ó menos preciosos llenos de golosinas, sobre las mesas de juego, sobre los *tandur* ó en el suelo, cuyo sabroso olor despierta el apetito de las *hanums*.

A la invitacion muchas veces repetida del ama de la casa, vienen á sentarse alrededor de los *cini*, y repitiéndose la invitacion mutuamente acometen en fin la dulce provision, que desaparece con rapidez increíble.

Una larga y estrecha tira de fina tela orlada de oro, sirve de servilleta comun en cada círculo. En cuanto es posible una doncella ó parienta de la familia se sienta en cada grupo para hacer los honores de la casa.

Estando vedado por el Koran el vino y demás bebidas espirituosas, el agua clara y *cherbet* frio son los únicos líquidos que se sirven en estos convites.

Mientras que los platos se aligeran de su agradable contenido, algunas *djariehs* armadas de grandes cuchillos parten el *khalva*, repartiéndolo en tantas porciones como círculos en cuyos centros los colocan en bandejas de plata. En seguida traen el *leguenn* (1) y las convidadas despues de lavarse y enjugarse manos y boca, se restituyen á sus puestos en el divan, donde se les sirve de nuevo el café y el *tchibuc*, y en tanto que ellas suscitan nuevas conversaciones, las jóvenes y los niños, cuyos bolsillos ha llenado de dulces el ama de la casa, van á comérselos al jardin ó á las galerías del haren.

Cuando es ya muy tarde la conversacion languidece, los párpados pesan, las bocas se abren bostezando sin reparo y las cabezas turbadas por los vapores de la comida y del sueño hacen evoluciones fantásticas... Muchos niños tendidos en la estera ó acurrucados en el regazo de sus madres duermen ya profundamente, y mas de una convidada subalterna dice aparte que ya es tiempo de retirarse; pero no es

(1) El *leguenn* es una especie de lavado con jabon ó pedazos de limon exprimido. El que lo sirve tiene en una mano la *aljo-faina* y en otra un aguamanil de que va derramando el agua en las manos de la persona servida.

á ella, sino á las *hanums* mas respetables por su edad ó posicion, á quienes corresponde la iniciativa.

¡Por Alah! esclama al fin una de ellas consultando su reloj ¿sabeis que son ya las cuatro de la mañana? Vámonos.

Sí, sí; vámonos, contestan por todas partes. Y todas se levantan, á pesar de las protestas, instancias y ruegos de ceremonia por parte del ama de la casa, que es la única que permanece sentada en su *kiosche*, para recibir los besamanos y oendiciones de las



Hammal ó mozo de cordel turco.

convidadas, á quienes devuelve los cumplimientos y *temenas* de política turca.

Describir la barahumda y confusion de despedidas, de voces llamando á los negros, ó buscando los efectos de salida, los llantos de los niños, cuyo sueño se ha turbado, las carcajadas de las alegres *kiz*; como

referir los cumplimientos que por todas partes se cruzan y confunden, seria cosa punto menos que imposible: la *franca* que no ensordeciera, que no se aturdiera, bien podria asistir impunemente al mas infernal de los concursos humanos, á la Bolsa de París.

F. JÉRUSALÉMY.



Barbero turco.

## II.

### EL CYDARIS.

POR MR. ANTONINO PRUST.

1862.

Á LA CONDESA STEFEN DE V.

Stambul 5 de Bairan.

Voy á daros cuenta, madama, de la visita que hicimos ayer al armenio Djezerli.

La otra tarde en su casa de Pera se suscitó la cuestion del bello kiosko que ha hecho construir recién-

temente á orillas del Cydaris. Madama Beretta le dijo que habia oido hablar mucho del esplendor de este *yali* para no desear verlo.

Bien, madama, le respondió el armenio; si quereis venir con estos señores á hacer allí el *kieff* (el segundo dia del Bairan) tendré mucho gusto en ello.

Hacer el *kieff* quiere decir en buen francés *digerir*;

pero en turco significa hacer una merienda, porque para disfrutar el *kieff*, es preciso haber hecho un regalo.

¡Una comida á la turca! La cosa no era de escaso interés para dos parisienses, deseosos de color local, y ya comprenderéis con cuánto gusto aceptaríamos la proposición y cuál sería nuestro entusiasmo cuando Djezerli añadió:

—Vereis también la *hanum*.

Hanem ó hanum, madama, significa mujer: los osmanlis, que se casan religiosamente con tres, sin contar las odaliscas, cuyo número no limita el Koran, dicen las *hanums*, ó mas bien no dicen nada, porque jamás hablan de ellas; pero Djezerli, que es hombre modesto y hablador civilizado, se contenta con una sola mujer, y dice sin escrúpulo la *hanum*, y aun mi *hanum*, como un simple galo.

Esta mágica palabra electrizó á mi amigo Santiago, y durante los días que precedieron á nuestra visita, no habló de otra cosa que de la armenia.

¿Cómo será? ¿Morena, rubia, gruesa, delgada? Y sobre todo, ¿cómo se vestiría él para presentarse á ella? ¿De turco, de persa, de griego ó de simple infiel? Quería agrandar, ya lo veis, y su imaginación bailaba una loca zarabanda.

La víspera, en fin, todo bien calculado, decidió no cambiar su traje y comprimir su corazón bajo la estrecha levita nacional. ¡Cuán necios somos todos á veces!

El día siguiente de madrugada, Bulgaris, nuestro dragoman, á quien hemos elevado á la dignidad de *bach-kiatibi* entró en nuestra habitación.

Santiago se había levantado ya y recostado en un sofá, aspiraba el humo de un largo *tchibuc*. *Selama-Alecum* me dijo; decididamente, amigo mío, me pondré mi pantalon de *nankin*. ¿Qué te parece, Bulgaris?

¡*Alah Kerim!* Dios es grande, contestó el dragoman.

Santiago se vistió tarareando una canción que habíamos oído la víspera en el *cahvene* ó café.

*Hammanum capusu ketchelu:  
Itzunden tchicar bir petchelu (1).*

—Bulgaris, me ocurre una idea, dijo interrumpiéndose: ponerme un pantalon blanco.

—¡Effendi!

—¿Qué te parece?

—¡*Alah Kerim!*

—Voy á buscar el pantalon blanco, dijo Santiago registrando su maleta.

Y despues de haber revuelto en medio de la sala todos los objetos, exclamó incomodado.

(1) La puerta del baño está forrada de seda:  
De este baño sale una mujer velada.

—¿Dónde diablos habrá puesto este imbécil mi ropa de cutí? Bulgaris.

—¿Effendi?

—¿Dónde están mis pantalones blancos?

—Casa de la planchadora, effendi.

—Ea, le dije yo terciando: blanco ó negro, vestíos pronto, porque ya oigo al *hammal*, que trae los caballos.

Despues de numerosas digresiones, Santiago acabó de acicalarse y partimos. El *hammal* seguía corriendo á los caballos, que debíamos dejar en el embarcadero de Kacim-Bajá.

El refran que dice «fuerte como un turco» es en efecto verdadero: los turcos tienen un vigor extraordinario. He visto á algunos subir con un piano acuestas la pendiente de Galata, que puede pasar por una de las *escalas* mas rudas de Levante; y en la India tampoco hay corredores mas ágiles.

Estas bestias de carga son turcos pobres que vienen del interior á la ciudad á reunir un pequeño peculio para tomar mujer. Su *emaf* ó corporación es una de las mas importantes de Constantinopla; está dividida en *odas* y obedece á un jefe elegido, que se llama el *hammal bachi*.

El que nos sirve, Kara-oglu (el hijo del negro) nos tiene un apego digno de elogio, principalmente á Santiago, quien, gracias á una ligera tintura de lengua turca, pasa á sus ojos por un *taleb* ó letrado.

Al pasar por el cementerio de Pera nos ladraron unos perros y un viejo derviche recostado en la yerba del campo de los muertos, refunfuñó al vernos: Kara-oglu, sin interrumpir su carrera, supo dar á cada uno su merecido reprendiéndoles la descortesía de ladrar á unos tchelevis de nuestra importancia.

De perro en derviche llegamos á Kacim-Bajá.

Los *caikes* eran numerosos, los *caikjis* elocuentes; despues de un exámen, Bulgaris eligió un barco tripulado por cuatro arnautas; pero en el momento de poner en ella el pie, Santiago se acordó de que tenía la barba de dos días y pidió el término de un cuarto de hora para afeitarse.

Fuimos, pues, al *cahvené* inmediato.

Ir al café para afeitarse, podrá pareceros cosa rara; pero en el imperio del sol, así es como se practica, y está muy lejos de ser desagradable esta costumbre. Añadiré sin demora que no hay en esto los inconvenientes que habreis ya supuesto; pues aunque la misma mano que espuma el jabon de Candía, espuma también la crema de Moka, hace una ablución entre ambos actos.

La decoración de estas oficinas es de una sencillez y limpieza muy agradables: paredes blanqueadas con cal y revestidas de tabla hasta cierta altura, á cuyo alrededor circula una especie de estrado cubierto de estera.

Cuando entramos en el *cahvene* de Kacim-Bajá, estaban rapando á un joven. Mientras tanto, tomamos una taza de café y un *tchibuc*, y afeitado al fin Santiago, volvimos al *kaiké*, que se estremecía bajo los remos, y el mar gimió muy luego á sus *redoblados golpes*.

Nada es mas gracioso que estos *yoles* largos y estrechos que llaman *kaikes*; ni nada tampoco mas elegante que el traje de los *kaikjis*, vestidos con una simple camisa de Buria y un calzon plegado y flotante.

Pensad, madama, además que el *Cuerno de Oro* que atravesábamos es una de las maravillas de este maravilloso rincón de tierra donde se alza la ciudad del Islam; que este lago sereno, dormido, límpido, reflejaba en el espejo de sus aguas, doradas por el sol de la mañana, los minaretes, las mezquitas, las pintadas *turbeas*, las copas de los platanos y todas esas fantasías de la arquitectura oriental, y tendreis una idea de este armonioso cuadro, en medio del cual nuestro deslucido traje debía sin duda hacer muy mal efecto.

Con algunos esfuerzos de remo entramos en el *Barhyzes*, y despues de un kilómetro de navegación á la sombra de los sicomoros, cuyas anchas y largas ramas formaban sobre nosotros un cóncavo de fronda, llegamos á la embocadura del Cydaris. A partir de aquí el canal se estrecha, las márgenes son mas risueñas y la sombra mas densa. A la estremidad de este paraje se encuentran aguas dulces, lejos del aire de la mar, en medio de un valle que se creeria normando.

Detrás de un bosquecillo de sumak y álamos, apareció la fachada del kiosko de Djezerli. Su fábrica es enteramente de mármol de Mármara, vetado de azul, material muy empleado en las construcciones del Bósforo.

Muy difícil me sería decir á qué órden de arquitectura pertenece este *yali*, árabe por la ornamentación de sus ventanas y balcones, renacimiento por su base y mongólico por la techumbre de cobre dorado. Sin embargo, es agradable este híbrido producto.

Tres escaleras de onix rosa de Egipto medio bañadas en el lago, dan acceso á un perístilo octógono, en cuyo centro se alza un jarron de pórfiro sanguino; unos calados de estuco matizado y con filetes de oro decoran la balaustrada de este recinto, armonizando, y enlazando la blancura del mármol y el verdor de la vegetación.

Djezerli vestido con un ancho machlak pérsico nos esperaba ya aquí. El banquero armenio, dicho sea de paso, tiene el buen gusto de no adoptar el traje de los modernos osmanlis, traje que los asemeja á botellas de vino de Burdeos tapadas con lacre, ó mas propiamente, á frascos panzudos de las tierras de Borgo-

ña, porque los súbditos de la Sublime Puerta son generalmente obesos.

¡*Alah emanet alun! mucafir*, me dijo cuando llegué. (Dios sea contigo, huésped mío) haciéndonos luego mil *temenas*.

¡*Tchibuc! glyco!* gritó luego, dando unas palmadas.

Dos criados acudieron trayendo los *lules* guarnecidos de ámbar y el plato con los dulces.

Sentámonos alrededor del perístilo, y Mad. Beretta llegó luego acompañada de su hermano y el médico griego Plessa.

Reunidos los convidados pasamos al *selamlík*.

Esta sala está toda revestida de madera de cedro con relieves de varitas de rosál; en el suelo hay una estera, y á lo largo de la pared un divan cubierto de korazan con dibujos de pájaros fantásticos.

La costumbre de echar sahumeros había impregnado los muebles de tal manera, que nos pareció entrar en un laboratorio de perfumista, y confieso que oí con satisfacción á un *oghlos* llamarnos para comer.

Mi amigo Santiago, quien de vez en cuando lanzaba una mirada inquieta hácia las puertas esperando á cada instante ver entrar á la *hanum*, se levantó como movido por un resorte. Djezerli ofreció la mano á Mad. Beretta y entramos en otra sala sostenida por columnitas que soportaban arcos acorazonados, verdadera sala árabe adornada de azulejos y guarnecida de pechinas formando estalácticas en la bóveda.

La mesa sobrecargada de manjares está puesta en un ángulo. No tomaré el empeño de describirla detalladamente; el mismo Brillat-Saverin enmudecería.

La comida turca es una sucesión incoherente de manjares que han de comerse con una cucharilla ó con los dedos mas generalmente, y todo perfumado, muy perfumado con violeta, naranja, limon, menta... Podría decirse que los turcos comen también por las narices.

Todos estos manjares se suceden rápidamente: finalmente, al servir el *cherbet*, especie de agua miel y último acto de la comida oriental, entró la *hanum*.

¡*Alah kerim!* me dijo al oírlo Santiago.

Esta aparición acababa de volverle el habla.

Despues de habernos permitido besarle la mano, Santiago se desahogó en exclamaciones admirativas y vino francamente á hacerse insoportable. En sus elogios se valió de todas las metáforas caídas ya en desuso: labios de coral, dientes de perlas, talle de palma, etc., etc., etc.

Nurmahal, que así se llama la *hanum* de Djezerli, es de gran estatura: en su fisonomía hay una expresión indefinible, algo como una dulzura resignada. Según costumbre, tiene los ojos retocados con tinta de *surmeh* ó preparación de antimonio y nuez de agalla, con lo que parecen mas grandes y esplendentes; sus cabellos son negros, su tez blanca mate,